

## Debates historiográficos sobre la relación Historia - Ciencias Sociales en el contexto neoliberal de los últimos años

por Lilian Tell

*El presente trabajo expone una apretada síntesis de los intensos debates sobre la controvertida relación Historia-Ciencias Sociales suscitados en el campo de la Historia Social durante los últimos años. Al respecto, resulta pertinente advertir que dichas polémicas se vienen desarrollando en un clima de tensiones y bajo la presión de políticas educativas propias de la ortodoxia neoliberal, basadas en la reducción del gasto y en prácticas clientelares.*

**A**l abordar el tema resulta pertinente aclarar que la relación entre la Historia y las Ciencias Sociales ha sido debatida, con distintos grados de intensidad, durante el transcurso de todo el siglo XX y no sólo en los últimos años.

A la vieja historia de las elites, política y narrativa, cronológica y acontecimental propia del siglo XIX,<sup>1</sup> que omitía el análisis de los procesos económicos y sociales despreciando toda relación con las Ciencias Sociales, muy ligada al ascenso del Estado Nacional y a la participación activa de la burguesía en la política (ocultando los intereses antagónicos de las diversas clases sociales), se le opuso una nueva Historia en contacto con las Ciencias Sociales, denominada Historia Social.

La Historia Social fue propuesta por algunos historiadores franceses: Henri Berr, Henri Hauser y, fundamentalmente, Lucien Febvre y Marc Bloch —considerados los pa-

dres de la Historia Social— a principios del siglo XX, pero recién emergió con fuerza y se expandió después de la Segunda Guerra Mundial —especialmente en Francia con la institucionalización de los Annales— floreciendo en los años sesenta y setenta.

Se trataba de una Historia centralizada en el estudio de las estructuras económicas y sociales que estimulaba el intercambio con las demás Ciencias Sociales por cuanto se consideraba alineada entre ellas. Nada de lo social le resultaba ajeno,<sup>2</sup> se interesaba por nuevos temas, nuevas fuentes, nuevos problemas, nuevos métodos. Una Historia de miradas múltiples, dispuesta a usar los descubrimientos y los métodos de otras ciencias pero sin traicionar su vocación temporal y social;<sup>3</sup> en un contexto caracterizado —en la mayoría de los países occidentales durante la década del sesenta— por el rápido desarrollo de la educación superior, una nueva generación de pro-

fesores y la irrupción de movimientos estudiantiles confrontativos de los enfoques y métodos más arcaicos de enseñanza.

Si bien los estudios históricos se abordaron desde una variedad de enfoques ideológicos y metodológicos, todos ellos coincidieron en romper con la historia política y cultural narrativa, con la historia de los “individuos”, con el concepto de un tiempo de progresión lineal propio de la concepción burguesa.<sup>4</sup> Otra ruptura derivó de la oposición a la considerada historia “desde arriba” o elitista, y propició en cambio la historia “desde abajo” o popular. Cabe agregar que, en trabajos empíricos de los años setenta, comenzó a producirse un desplazamiento de la Historia Social, desde una historia de las estructuras y procesos sociales, hacia una historia de la vida y de la cultura. Este énfasis en la historia de los mundos vitales fue creciendo en Alemania, América, Francia, Italia y, sobre todo, en Inglaterra. El ascenso de los llamados estudios culturales desafió la división entre Ciencias Sociales y Humanidades.

Pero la ampliación del campo de investigación y la pluralidad de perspectivas y enfoques derivó, al mismo tiempo, en una inevitable fragmentación que condujo a múltiples especializaciones. Éstas se produjeron también por la ausencia de un concepto organizador fundamental, producto de la propia complejidad e indefinición de lo social y, consecuentemente, de la ambigüedad para definir este concepto –historia de la sociedad / historia de los grupos sociales / un campo de estudio parcial dentro de la historia.

A fines de los años setenta, el temor a la desintegración y a la pérdida de identidad de la disciplina a causa de la pluralidad de concepciones y métodos y de la dispersión

temática, dio lugar a numerosas y variadas críticas, a intensos y prolongados debates que continúan abiertos en la actualidad.

Los cuestionamientos más severos recaeron en los efectos negativos que había tenido para la Historia Social la relación estrecha con las demás Ciencias Sociales, a partir de los cuales se han expuesto las más diversas críticas y propuestas, que pueden resumirse en tres grupos. En primer lugar, los que postulan el regreso hacia la historia política y narrativa; en segundo, los que denuncian el “desarme” teórico y político de la historiografía y la pérdida de identidad y de sentido de la Historia, especialmente por el contagio de la Sociología. En tercer lugar, los que realizan objeciones parciales a la Historia Social.

Ya en 1976, L. Stone hablaba de una creciente atmósfera de escepticismo acerca del valor de la metodología de las Ciencias Sociales para los historiadores y llamaba a reafirmar la importancia de lo concreto, lo particular y lo circunstancial.<sup>5</sup>

En los años ochenta surgieron defensores de un relativo repliegue de la Historia desde los terrenos sociológicos hacia los viejos caminos narrativos y políticos, quienes ponían énfasis en lo particular y lo específico y no en lo colectivo y estadístico, sin renegar de las perspectivas sociales. Precisamente, uno de los historiadores sociales que manifestó desde 1979 –en su obra *El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia*– estar a favor de un regreso a la narrativa fue L. Stone, quien si bien reconoce la importancia de la historia de la sociedad y no de las elites, considera que los grandes temas no sólo son socioeconómicos sino también hay otros, como por

ejemplo, el liderazgo político y el tratamiento de los delitos, para los cuales la narración suele ser más adecuada que el análisis.<sup>6</sup> Stone señalaba el surgimiento de una “nueva historia” —que sería la tercera “nueva historia”— como resultado de una serie de cambios: en los problemas estudiados —de lo económico y demográfico a lo cultural y emocional—, en las fuentes principales de influencia —de la Sociología, la Economía y la Demografía a la Antropología y la Psicología—; cambios en el sujeto: del grupo al individuo; cambios en la metodología: de la cuantificación del grupo al ejemplo individual. Es decir, una historia alejada de los enfoques analíticos y estructurales e interesada en las temáticas políticas y culturales, así como en el uso de los modos narrativos.<sup>7</sup>

J. Cassanova explica que estos argumentos de Stone fueron objetados por E. Hobsbawm, quien sostiene que los cambios que se registran en la Historia Social no la invalidan sino que, precisamente, son el resultado de la diversificación productiva gracias al éxito de esa misma historia y de la ampliación de su campo de interés hacia temas marginales. Hobsbawm cuestiona a Stone, diciendo que no hay un abandono del análisis y un resurgimiento de la narrativa, sino que los historiadores han ampliado también el instrumental utilizado y esos nuevos aportes deben servir para complementar y no para suplantar el análisis de las tendencias y estructuras socioeconómicas.<sup>8</sup>

Al respecto, G. Iggers también afirma que si bien el campo de la investigación histórica se ha ampliado en forma inconmensurable, la Historia no ha perdido su significado; por el contrario, gracias a la multiplicación de las perspectivas ha ganado en significados. De igual manera, hay una multipli-

cidad de estrategias de investigación y el hecho de que las Ciencias Sociales y, consecuentemente, la Historia, se ocupen de valores y significados que deben comprenderse en un contexto histórico concreto, no excluye la explicación de los mismos; explicación que puede adoptar formas variadas porque no hay ningún paradigma o teoría de la Historia que articule los principios de la investigación científica impuestos en nuestro tiempo. G. Iggers sostiene además que el alegato de L. Stone a favor de un retorno de la Historia a la narrativa tampoco debe entenderse en el sentido de que la Historia debe alejarse de las Ciencias Sociales.<sup>9</sup>

No obstante, algunos historiadores consideran que la ampliación del territorio y de las perspectivas de análisis ha sido negativa para la Historia Social, porque se la ha privado no sólo de la posibilidad de organizarse en torno de un núcleo temático y problemático que asegure una coherencia mínima, sino también de dar cuenta del cambio social a través del tiempo.<sup>10</sup> E. Moradiellos, por ejemplo, critica que la subsecuente fragmentación de la praxis histórica va acompañada de nuevos postulados teóricos, ontológicos y gnoseológicos derivados del llamado “pensamiento débil” de la posmodernidad, bastante difundido entre muchos historiadores para quienes sólo caben relatos diferentes y paralelos sobre las ilimitadas partes inconexas de una realidad atomizada, permitiendo la práctica del “todo vale”: una multitud de historias igualmente válidas y pertinentes.<sup>11</sup>

La polémica sobre los efectos de esta “nueva historia” es cada vez mayor y arrecian las críticas que la acusan de la disolución atomista del campo histórico y de trivialidad temática, lo cual habría conducido a una verdadera crisis de identidad de la disciplina. Desde otra

posición, S. Juliá explica que las quejas también hacen hincapié en una crisis de sentido, ya que donde antes existía una concepción de la historia que unificaba la investigación y un claro objetivo de trabajo, hoy cunde la dispersión de concepciones, el desmigajamiento de temas, la pluralidad de métodos y caminos y la falta de un propósito claro. Esto ha llevado a algunos historiadores a hablar de caos más que de crisis.<sup>12</sup>

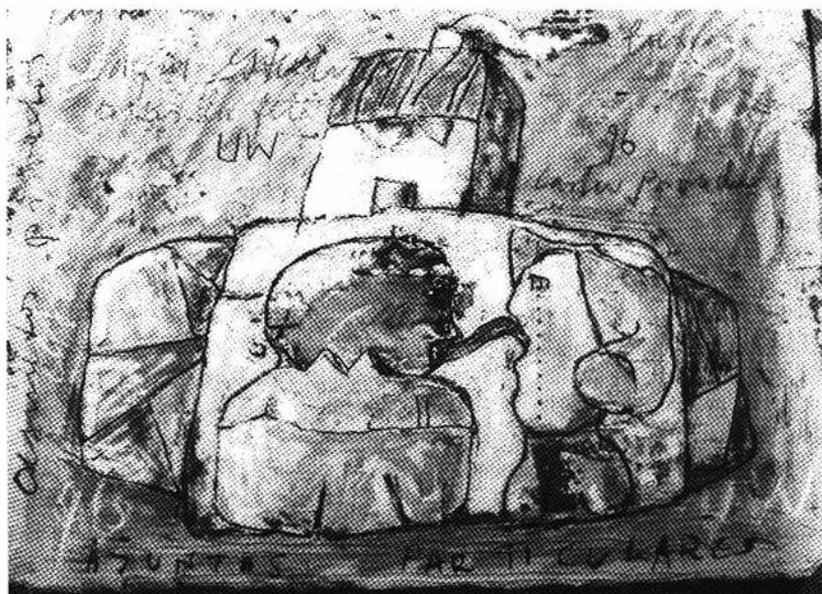
Son crecientes los lamentos por una historia<sup>13</sup> que después de tantas batallas por abarcar totalidades se encuentra en peligro de desintegración, porque ha sucumbido el espíritu de la especialización fragmentándose en múltiples pedazos inconexos. S. Juliá considera que tanto discurso sobre la crisis

de la Historia se debe a la pérdida de hegemonía de las grandes escuelas y al miedo al pluralismo y a la libertad que se abren detrás de esa caída. Agrega que *la pluralidad de paradigmas, la eclosión de temáticas, los caminos cruzados, la diversidad de interpretaciones del pasado (...) constituyen la situación normal de la Historia, como toda Ciencia Social.*<sup>14</sup> Y propone, entonces, que una salida posible a la crisis consiste en negarla; es decir, no entrar en ella.

Por su parte, T. Halperin Donghi<sup>15</sup> sostiene que la constatación de la existencia de perspectivas plurales en el campo histórico no implica dudar de la validez del conocimiento histórico sino que, por el contrario, legitima el pluralismo. Para este historiador, la multi-

*Ulrich Wels*

"ASUNTOS PENDIENTES", 1996. TÉCNICA MIXTA SOBRE  
TELA, 32 x 42 CM. ( EN ARTE BA. 2001)



plicidad de perspectivas heterogéneas es la característica actual de la Historia Social.

J. Casanova considera que rechazar la unificación o la fusión de la Historia con las demás Ciencias Sociales nunca debiera llevar a los historiadores a parcelar el territorio, aislándolo de toda influencia ajena. Este autor propone defender el discurso histórico como medio de comprensión de la realidad social,<sup>16</sup> y elegir cuidadosamente el terreno donde se debe relacionar con los discursos de otras Ciencias Sociales.

P. Maestro opina que si bien las relaciones entre las distintas Ciencias Sociales han sido fructíferas, la integración se hace cada vez más imposible por cuanto más se discute y se investiga; lo que ocurre es que las diferentes disciplinas se afianzan teórica y metodológicamente, afirmando sus estructuras como formas de conocimiento.<sup>17</sup> La tendencia actual parece requerir de la presencia de historiadores que tengan un alto nivel de especialidad en la ciencia histórica, pero al mismo tiempo, capaces de salir del centro disciplinario para acercarse a las fronteras de otras disciplinas e incursionar en temas comunes.

Cabe destacar que en los últimos años, a partir de la implementación de las políticas capitalistas neoliberales centradas en la reducción del presupuesto educativo, el debate sobre la validez de las distinciones entre las Ciencias Sociales está acompañado de crecientes tensiones en el nivel organizacional de las mismas: por un lado, las estructuras disciplinarias luchan para mantener bien marcadas las líneas divisorias de sus respectivos campos y, por otro, aumentan los espacios académicos donde no se da mayor importancia a la afiliación disciplinaria y, en muchos casos, hasta se ignoran los límites.

Consecuentemente, aumentan los conflictos entre dos tendencias opuestas: la superposición disciplinaria y la escasez de recursos asignados por el Estado.<sup>18</sup>

En este sentido, I. Wallerstein afirma que la realidad actual se caracteriza por la limitación de los recursos en casi todos los países, en mayor o menor medida, al mismo tiempo que aumentan los nombres y los programas interdisciplinarios docentes y de investigación reclamando personal y dinero, entre otros aspectos. Pero las Universidades y otros niveles de organización política suelen estar a cargo de administradores con más intereses presupuestarios que intelectuales, y en base a un criterio economicista buscan consolidar, imponer o anular estructuras disciplinarias con el fin de reducir gastos.

Es decir, que las controversias y polémicas respecto de la relación Historia – Ciencias Sociales, en la actualidad, no deben considerarse al margen de los conflictos generados por la aplicación de las políticas neoliberales –autofinanciamiento de las instituciones educativas, reducción de los aportes del Estado, arancelamiento de los estudios, entre otras– que responden a los intereses de los grupos de poder.

Si bien la discusión y el debate son indispensables para la producción y construcción de conocimientos, no se debe perder de vista que la cuestionada delimitación de las fronteras organizativas de la Historia dentro del campo de las Ciencias Sociales resulta, en algunos casos, de posiciones y divisiones disciplinarias y en otros, de posiciones de poder y prácticas clientelares.

—  
Lilian Tell: Prof. Sec. de C. Básico en Castellano y Cs. Soc. Posgrado en Historia Social Miembro del CIECEC - UNL.

—  
1. Casanova, J. (1997): *La Historia Social y los historiadores*, Crítica (Grijalbo-Mondadori, SA), Barcelona. Este autor señala que la Revolución Industrial y la consolidación del capitalismo generaron fuertes conflictos sociales que exigió otros instrumentos de análisis. Ya desde el siglo XIX hubo formas alternativas de escribir la Historia, con gran interés por las cuestiones sociales, que influyeron en lo que con el tiempo llegó a denominarse Historia Social. Precisamente en estos años, Karl Marx comenzó a divulgar una nueva teoría que pretendía ser una ciencia general de la sociedad orientada a comprender los cambios resultantes del desarrollo del capitalismo industrial y de las revoluciones políticas del siglo XVIII, mediante mecanismos dialécticos. Es decir, una concepción de la Historia como movimiento social que incluía todos los ámbitos de la actividad humana. La teoría de Marx comenzó a ejercer —sobre todo después de su muerte (1883)— una creciente influencia política e intelectual: en la historia

del movimiento obrero y en las Ciencias Sociales académicas, especialmente en la Economía y en la Sociología, y años después en el Derecho, la Historia y la Antropología. Pero estas formas alternativas de escribir la historia permanecieron fuera de la principal corriente de erudición especializada. Durante todo el siglo XIX la mayoría de los historiadores trató de evitar cualquier identificación con las Ciencias Sociales.

2. Le Goff, J. y Nora, P. (1978): *Hacer la Historia*, Laia SA, Barcelona.

3. Maestro, P. (1996): *¿Historia o Ciencias Sociales? Un falso dilema en la investigación y en la enseñanza*. Ponencia en el Congreso Internacional de Formación de Profesores. UNL. Santa Fe.

4. Iggers, G. (1998): *La Ciencia histórica en el Siglo XX*, Idea Books SA, Barcelona.

5. Stone, L. (1986): “La Historia y las Ciencias Sociales en el siglo XX”, en *El pasado y el presente*, FCE, México (originalmente en inglés, 1976).

6. Casanova, J.: op. cit.

7. Moradiellos, E. (1993): “Últimas corrientes en Historia”, en *Historia Social*, nro. 6. El autor señala que casi todos los historiadores de los Annales han renegado del proyecto braudeliano de una “historia total” estructurada en planos y tiempos diferentes, en beneficio de una suerte de antropología multifacética y heterogénea. Y afirma que en los Annales los artículos de temática cultural van en creciente aumento, mientras que los de temática económica descendieron notablemente.

8. Casanova, J.: op. cit.

9. Iggers, G.: op. cit. Señala también que la historia cultural más reciente parte, incluso cuando narra, de planteamientos y concepciones que constituyen la nueva Historia Social.

10. Halperin Donghi, T. (1997): *La Historia Social y los historiadores*, Crítica (Grijalbo-Mondadori, SA), Barcelona. En este sentido, señala que la coyuntura que hoy debe encarar la disciplina no es nueva, tanto en las alternativas que se abren como en la profundidad de los dilemas a enfrentar. Se trata de una situa-

ción donde coexisten la ambición de validez universal, propia del conocimiento histórico, y una pluralidad de perspectivas historiográficas.

11. Moradiellos, E.: op. cit. Afirma que esta propuesta posmoderna significa para la historiografía una recomendación de abandono de sus ilusiones científicas, de su esfuerzo por generar un conocimiento racional, causal y “verdadero” que implicaría la muerte misma de la disciplina histórica profesional, porque impugna la posibilidad de todo conocimiento histórico al promover el escepticismo metodológico y el relativismo sistemático, debilitando las diferencias entre la verdad y la ficción.

12. Juliá, S. (1995): “¿La Historia en crisis?”, en Barros, C. (ed.): *La Historia a debate*, Universidad de Santiago de Compostela, España. Este autor señala que, paradójicamente, el lamento por la crisis de la Historia viene acompañado de un aumento extraordinario de la producción bibliográfica.

13. Casanova, J.: op. cit.

14. Juliá, S.: op. cit.

15. Halperín Donghi, T.: op. cit. Explica, además, las circunstancias que favorecieron el surgimiento de tanta pluralidad de perspectivas históricas a partir de las transformaciones en el contexto institucional para el trabajo histórico, sobre todo en EE.UU., donde desde el Estado y sus instituciones se busca atenuar el impacto de las desigualdades socioeconómicas fomentando una imagen de sociedad con variables étnicas, sexuales o de edad, que elude toda relación con perspectivas de clase. De ahí que el marco institucional haya sido favorable a las visiones históricas que proponen un paisaje social más heterogéneo que contradictorio y donde el papel del historiador consiste en fundamentar la validez de la diversidad, omitiendo lo que podría inducir a adoptar conductas tendientes a borrar las desigualdades de las que son víctimas.

16. Casanova, J.: op. cit.

17. Maestro, P.: op. cit.

18. Wallerstein, I. (1998): *Abrir las Ciencias Sociales*, Siglo XXI, México.